

El oficio del escritor ante la violencia*

Gustavo Álvarez Gardeazábal

Ningún país ha llegado a límites de violencia como lo ha hecho Colombia en los últimos años. La muerte de tantos seres humanos supera cualquiera de los pretextos que la historia sugiere a los asesinos para explicar su procedimiento. Aquí se mata con la más absurda y extrema facilidad, dentro de la más inverosímil impunidad, garantizándose siempre una explicación casuística que permite, obviamente, no generalizar el fenómeno y mucho menos encasillarlo en los esquemas de interpretación de la violencia que politólogos y sociólogos, antropólogos e incluso novelistas habíamos usado en el pasado para explicar, justificar o aun olvidar otras manifestaciones de nuestro temperamento asesino en la reciente pero siempre sangrienta historia colombiana.

No se puede entonces hablar de la violencia de los narcos, como los gringos pretenden llamarla. Tampoco de la violencia de los guerrilleros, como la llamaría el establecimiento bogotano que ve morir soldados y policías, campesinos y guerrilleros, desde el frío páramo urbanizado.

Mucho menos nos podemos limitar al fenómeno narcoguerrillero, que se inventó un embajador gringo para disculpar lo que aquí nos estaba pasando, para comprender analíticamente este periodo de horror y muerte del que acabamos de salir.

Nada de eso. Lo nuestro es totalmente diferente a lo que ya habíamos vivido, a lo que ya los estudiosos norteamericanos habían clasificado desde su órbita displicente, y, por supuesto, casi lo contrario de lo que algunos estudiosos europeos, acaso más latinos que los gringos, habían intentado decir desde su mirador marxistoiide en París.

Es tan distinto saberse habitante de un país donde se mata por amor o por despecho, por deber o por pagar, por cobrar o por venganza, por diversión o por entrenamiento, por sobrevivir o por impedir la misma muerte, es tan distinto saberse parte de una sociedad que no se cansa de ir a entierros pero en donde no hay ningún empresario de pompas fúnebres cargado de millones; es, en fin, tan difícil de entender de qué fibra estamos hechos, cómo y por qué convivimos con la muerte y, sobre todo, por qué ella terminó convertida en herramienta de vida, que los escritores colombianos, salvo contadísimas excepciones, hemos preferido el silencio ante lo que nos salpica, ante lo que nos mancha de sangre, ante lo que nos asfixia, y no hemos sido capaces de escribir la novela que cuente esta espiral de horrores y espantos, de muertos y vivos, de absurdos y contradicciones.

Las disculpas, no las explicaciones, son muy claras. Quienes pretendimos en algún momento acercarnos al tema, así fuera en forma tangencial, recibimos la advertencia inmediata de la censura moralista, cuando no la condena estrepitosa de los periódicos financiados por las agencias antidrogas de los Estados Unidos. En Colombia, donde afortunadamente ya casi no se lee y donde las letras de imprenta han perdido vertiginosamente su capacidad poderosa de antaño, se me incriminó por escribir una novela graciosa, yo diría inofensiva (mis enemigos la llamarían "mariconna"), titulada *El Divino*, y me acusaron de ser el biógrafo de un narcotraficante de carne y hueso, cuando en el libro más vendido en Colombia durante los últimos años, *Los jinetes de la cocaína*, se da paso a esa

* Ponencia presentada en el Congreso de Colombianistas Norteamericanos. Ibagué, martes 13 de agosto de 1991.

versión para gozo de los gringos periqueros y de los falsos moralistas colombianos.

Probablemente el hecho de que yo sea el autor de un par de novelas como *Cóndores no entierran todos los días* y *El Divino* me permite hablar con un poco más de respetabilidad sobre estas materias. Y el que hubiese sido víctima de una de tantas armas con las que se ha acallado la versión novelística en este proceso no me impide decir que a los escritores colombianos nos ha dado físico culillo emprender la gigantesca labor de contar lo que nos ha tocado vivir.

La disculpa de que lo vivido es tan vertiginoso que nos resulta imposible contarlos sin quedar desfasados, yo también la he esgrimido en más de un foro, en más de una entrevista para gringos o europeos que no entienden el problema nacional. Pero la verdad es que, conociendo lo que pasa, advirtiendo la dinámica del proceso, lo que hemos hecho es disimular nuestra falta de valentía, nuestro miedo a morir por contar algún fragmento de este absurdo que soportamos.

Cuando conté la violencia de *Cóndores* me pegaron un carterazo en las calles de Tuluá. Hoy, si llego a contar quiénes mataron a golpes de serrucho al cura de Trujillo y por qué, no me cabrían los tiros de pistola automática en mi reducida humanidad. Ahí está la diferencia y por eso se han escrito en los últimos años las pendejadas novelísticas que hemos publicado o leído. Por eso se ha dado paso a la literatura escapista y hemos buscado los reportajes sociológicos, como los de las comunas asesinas de Medellín (*No nacimos pa' semilla*, de Alonso Salazar), o libros de revisión de las estupideces colombianas, como lo hice yo últimamente con mi novela sobre la tragedia de Armero.

Pero, si los escritores no estamos en condiciones de escribir ahora sobre lo que nos ha tocado presenciar y muchas veces aceptar con más capacidad que nuestra propia imaginación, ¿en dónde carajo debemos escondernos mientras pasa este aguacero?

¿Tendremos que seguir escampando en la literatura escapista, huyéndole a la posibilidad de contar la gran novela sobre nuestros capos del narcotráfico, sobre nuestros generales y coroneles ebrios que controlan el soborno y la corrupción, sobre nuestros guerrilleros corrompidos que claudicaron a sus ideales de otrora por unos cuantos gramos de droga o unos millones de dólares en bancos suizos?

¿Tendremos que seguir haciéndoles metáforas a la estupidez macondiana o novelas a los recuerdos morbosos de la infancia y no contar la sevicia de los policías que asesinan desechables o de los jueces a sueldo

de la mentira o de los periodistas subsidiados para evitar la información?

No creo y por eso cometí quizás una estupidez pretendiendo convertirme en ejemplo para que otros hicieran lo mismo y me acompañaran a reemplazar el oficio frente a la máquina de escribir por el de canalizar la imaginación al servicio de las comunidades. Creí, de pronto, hasta sigo creyendo, que, si no se pueden escribir las novelas que la situación exigiera por lógica gringa que escribiéramos, al menos podríamos participar activamente de la vida ciudadana, usando los poderes para ir despejando el panorama; es decir, propuse que las viviéramos.

Salvo el caso tras bambalinas de García Márquez, que ejerce el poder de acuerdo con su temperamento y posee una decisiva influencia política, hasta ahora me he quedado solo en mi posición frente a la violencia que vivimos.

Por supuesto, enfrentarla de la manera como yo he pretendido hacerlo, ejerciendo de alcalde de pueblo, implica tantos riesgos como contarla. Me basta un ejemplo que ya parece de novela: por desbaratar una red de uniformados que expedían drogas en las calles de mi pueblo, me quedé sin el carro que a punta de teclas había conseguido. Se lo robaron en represalia, y el uniformado que supuestamente había dirigido la operación venganza apareció dos meses después, río Cauca abajo, con unos cuantos tiros en la cabeza, porque *dizque* no cumplió con el pago oportuno al distribuidor central de la red.

Lo cierto, empero, es que yo sobreviví a la alcaldía, pero no creo que pueda sobrevivir a una novela, así ella no la lean los denunciados o los actores sino por terceras personas que se las resumen. Entonces, a los escritores no nos quedaría otra alternativa que huir graciosamente del tema, meternos en las bambalinas del poder o parroquializarnos, para evitar la tentación de generalizar la expresión de repudio a la violencia y volvernos blanco perfecto para los contradictorios y cambiantes dueños del poder real en Colombia.

Quizás a los ojos de los bondadosos críticos del país gringo que nos estudian resultemos unos maduros escritores que hemos querido tener una distancia temporal sobre los fenómenos que vivimos para escribir la gran epopeya sobre el país asesino en el cual ya es de por sí una hazaña sobrevivir. Pero para mí, y seguramente para muchos escritores que lo pensarán en su soledad rumiante y no se atreverán a decirlo en público como yo, el problema del intelectual colombiano frente a la violencia es que, para no morir de varios balazos, ha preferido morir de miedo, mudo y ciego ante la realidad que atropella la patria.